

CAPITULO VI

LA REVOLUCIÓN DEL 43

LA REVOLUCIÓN DEL 43

Los distintos grupos del movimiento obrero debieron orientarse de acuerdo con las diversas tendencias que se percibían en el gobierno que acababa de instalarse en la Casa Rosada.

Si en algo no coincidían los militares que lo integraban, era precisamente en las ideas. Poco antes del golpe militar, la Cámara de Comercio Británica había anunciado que el 10 junio se llevaría a cabo un homenaje a Robustiano Patrón Costas, candidato a presidente por el conservadorismo. Todo hacía suponer que continuaría al fraude patriótico. Por lo visto, la Cámara de Comercio no estaba enterada de la inminencia de la revolución impulsada por los oficiales que conformaban el que GOU. Tampoco la oligarquía supo en esos momentos que se cortaba su acceso al poder por muchos años.

El clima que vivía el país no contribuirá a despertar confianza. Las grandes disputas que soportaban los argentinos giraban en torno a la marcha del conflicto bélico de Europa. Tanta parecía ser la calma interna que, en abril de ese año, el Departamento Nacional del Trabajo había señalado en uno de sus informes: "... en general la situación del obrero en la Argentina ha empeorado. Pese al progreso de la industria. Mientras que diariamente se realizan grandes ganancias, la mayoría de la población está forzada a reducir su estándar de vida, la distancia entre los salarios y el costo de la vida aumenta continuamente. La mayor parte de los patrones se niegan a otorgar aumentos de salarios". El informe está destinado al olvido. Muy pocos lo leían, y menos aún eran los que se interesaban por sus conclusiones.

La marcha del gobierno era incoherente. Dentro del mismo sólo la gente del GOU tenía ideas claras y sabías realmente qué pretendía. A fines de septiembre, el presidente Ramírez convoca a la Casa de Gobierno a altos jefes militares. La reunión es informal. En un momento de la misma, Ramírez, dirigiéndose al ideólogo del GOU, el coronel Perón, le pregunta: "Señor coronel, sus amigos le notan ausentes del gobierno, ¿qué le agradaría hacer si se le brindara alguna oportunidad?". Perón, sin vacilar, responde: "Interventor del Departamento Nacional de Trabajo". Alfredo López, en su "Historia del Movimiento Obrero", cuenta que se tomó la respuesta de Perón como una de sus tantas salidas. Pocos sabían que Perón, desde varios meses atrás, venía reuniéndose con gran cantidad de dirigentes gremiales y había establecido a través de sus encuentros una serie de pautas a desarrollar en el campo social. El GOU no estaba dispuesto a conformarse con la toma del gobierno. Sus ideólogos habían puesto especial interés en esbozar los aspectos generales de un futuro programa de acción. En la elaboración del plan, Perón le había dedicado preferente atención al tema social. Desde su perspectiva había comprendido con claridad que el mundo se aprestaba a iniciar un nuevo ciclo, en el cual lo social sería el eje. En sus discursos posteriores, Perón definiría esta etapa como La Hora de los Pueblos.

Sus actitudes confirmaron la coherencia de sus ideas. Su Tercera Posición la enunció cuando hombres como Mao, Nasser, Tito, Nerhu, luchaban por alcanzar el poder. No en vano Perón fue dueño de la escena política argentina durante tres décadas. Para realizar su misión histórica sólo contó con el respaldo de los trabajadores, porque los otros apoyos siempre fueron limitados tanto en el tiempo como en la acción.

Muchas cosas podrán decirse de Perón. A favor o en contra, pero nadie podrá dejar de reconocer que, a partir de Perón, hubo otra Argentina. Con un nuevo y definitivo protagonista, hasta esos momentos ausente: los trabajadores. Todos los intentos de reverdecer los laureles de la vieja Argentina han fracasado, y fracasaron por no comprender la nueva realidad, una realidad que también valía para la Argentina.

La historia social de nuestro país en este siglo podemos dividirla en dos grandes etapas: antes de Perón y después de Perón. Y no nos equivocaremos.

Ramírez aceptó la "broma" de Perón y lo nombró interventor en el Departamento Nacional del Trabajo. A partir de allí, Perón acelera aún más sus contactos con los dirigentes sindicales. Sus conversaciones los llevan a comprender que el primer paso a dar es el de hacer cumplir las leyes ya vigentes. Cuando se lanza a poner en práctica esta decisión se encuentra con que en el departamento no existe personal —ni por conocimientos ni por cantidad— capaz de instrumentar el cumplimiento de las mismas. La oligarquía siempre creyó que la sola sanción de las leyes de nada serviría, si no se contaba con personal adecuado para aplicarlas. El área laboral no podía ser una excepción. ¿No tenían ellos los ejemplos de los negociados realizados en la década infame? ¿Acaso no existe una ley que garantizaba el voto secreto y obligatorio? ¿O no hicieron sus negociados? ¿O no eligieron a quienes se les antojaba? Aquel viejo dicho de "hecha la ley, hecha la trampa" estaba hecho a medida de los gobiernos conservadores.

Ese mismo día, 28 de octubre 1943, conoció a José Figuerola, quien tendría poco después —al asumir Perón la presidencia— la misión de concretar un programa de gobierno. Las ideas generales del GOU comenzaban a tomar cuerpo.

Figuerola recuerda su primera entrevista con Perón. "Comenzamos a hablar a las siete de la tarde —cuenta—. Quiso ver mis ficheros, conocer las estadísticas socioeconómicas y observar los gráficos con la curva de nivel de vida en los últimos 12 años. Cambiamos ideas y cuando nos despedimos, ya estaba en marcha la idea de transformar aquel departamento en una Secretaría de Estado".

Figuerola no olvida "la labor agotadora, antes de la clasificación de las actividades profesionales para conocer la situación de las empresas con sus obreros y la definición de objetivos principales, hasta la implantación de un sistema coordinador de funciones dispersas que incumben al Estado...; juntos planeamos la organización del Consejo Nacional de Postguerra, creado el 28-8-44, designándome asesor técnico".

Los fundamentos invocados para la creación del Consejo sostenían que "si bien los problemas sociales han sido abortado sin tener en cuenta la conexión que guardaban con los demás factores del complejo económico social, las excepcionales circunstancias del momento exigen que marchen firme y prudentemente orientados hacia la consecución de un objetivo común, claramente precisado y con vigoroso impulso perseguido". El vicepresidente ejercería la dirección del Consejo y de los estudios. Figuerola quedó a cargo del Consejo, y desde allí trazó los lineamientos de una planificación a largo plazo. La industrialización pasó a ser el tema central en la planificación. Fue el programa de gobierno que Perón exhibió durante su campaña.

El próximo paso será la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social. Perón ya no es solamente el ideólogo del GOU, su figura se convierte en la más descollante del gobierno. Los compromisos que ha tomado con los dirigentes sindicales en los primeros meses del gobierno militar, lo cumple. En general, los dirigentes que se acercan a Perón provienen de sectores socialistas, aunque algunos simplemente son militantes sindicalistas.

.Antes de terminar el año 43 se crea la Secretaría de Trabajo y Previsión (2 de diciembre). Ese día Perón habla al país. Es su primer mensaje. "La agitación de las masas —afirma— es un efecto de la injusticia social. El remedio no está en engañarlas o someterlas por la fuerza, sino en hacerles justicia. La injusticia es más irritante aún cuando se nace y se trabaja en un país inmensamente rico, porque entonces resulta intolerable soportar la miseria en medio de la abundancia..., si el capital no se humaniza el futuro del país será muy difícil. El trabajo —agrega— no debe ser considerado como una mercancía porque representa la actitud más digna de la actividad humana en el proceso histórico de la humanidad. La mejor distribución de la riqueza social afirmará la prosperidad creciente de la Patria".

Este discurso de Perón, si alguien pretendiera analizarlo a la luz y realidad de la Argentina de hoy, hasta podría calificarlo de "contemporizador". Pero no es así. Hay que ubicarse en Argentina de aquellos días, donde el trabajador no tenía protección de ningún tipo. No creían en nada ni en nadie. A ellos no le importaba el conflicto en Europa o, al menos, no era su mayor problema. Pretendían tener estabilidad en sus trabajos, asegurar la salud y educación de sus hijos; pretendían que se los tratara como seres humanos. En una palabra, querían sentirse dignos. Perón les abrió la puerta hacia esas nuevas formas de vida. La oligarquía y los intelectuales siempre lo acusaron de demagogo. El pueblo creyó otra cosa de Perón. También otros pudieron hacer demagogia. Lo cierto, lo concreto, es que a partir de esos momentos el pueblo comenzó a ocupar un lugar, a ser protagonista. Bien o mal. Con demagogia o sin ella. Tenía presencia, tenía dignidad. Creer que Perón "compró" a los trabajadores con el aguinaldo no sólo es falso, sino torpe. ¿Cómo se explica entonces que los hijos de esos trabajadores fueran peronistas tres décadas después? Más allá de las conquistas sociales, que constituyeron un factor importante en la adhesión de los trabajadores hacia Perón, el elemento más descollante, más relevante e inmodificable fue la presencia política que alcanzaron los trabajadores a través de Perón. Como en el viejo proverbio chino, "si le das un pescado comerá un día, si le enseñas a pescar comerá toda la vida". Perón les dio el pescado (las conquistas sociales), pero además les enseñó a pescar (su presencia política).

No puede pretenderse que hubiera cubierto todas las etapas al mismo tiempo. La etapa de la organización, la de la justicia social, la de la participación en el poder o, lo que es lo mismo, la de la modificación de las anquilosadas estructuras del poder elitista, por otras instrumentadas a través de su participación.

La evolución del sindicalismo durante los primeros años del período que podríamos llamar peronista, estuvo dada por la organización de sus entidades y el avance en el campo social. Acusar al movimiento obrero de aquella época de que no tenía "concepción de clase", no es válido. En la marcha para consolidar sus organizaciones y alcanzar nuevas conquistas sociales, es bastante utópico creer en que podía lograrse, al mismo tiempo, una estructura total, tanto en lo ideológico como en lo doctrinario, político y/o económico.

También se dijo que no tenían un programa propio, lo cual es cierto, y se ponía como ejemplo a los movimientos comunistas de Europa. Pero ¿cómo exigirle un programa a un movimiento obrero que recién comenzaba a caminar y, para colmo, en medio de graves problemas de subsistencia?

Los baches que señalan muchos críticos del movimiento obrero que se refieren a esas etapas, fueron cubiertos por un acendrado sentido nacional. Los problemas ideológicos que se debatían en Europa pasaron a un segundo plano, por no decir que fueron olvidados. Los trabajadores argentinos se preocuparon por conocer los problemas que los habían sumergido, por saber cómo se comportaba la oligarquía. Las denuncias sobre la década infame no hubieran tenido razón de ser sin un movimiento obrero capaz de interpretarlas. Ningún otro sector que no fueran los trabajadores podía estar más interesado en que aquellos episodios no volvieran a repetirse.

Esa lucha que durante años había mantenido FORJA, que se asemejaba a la impotencia del Quijote contra los molinos de viento, encontró en este "novedoso" movimiento obrero a quien pudiera tomar sus banderas. Fue la concientización de estos sentimientos la que había de decidir el destino del país, primero el 17 octubre y después con el histórico "Perón o Braden", que demostrarían hasta donde los trabajadores "pesaban" en la vida política argentina.

Estos sentimientos resultaron los fundamentos ideológicos del nuevo movimiento obrero. Sin comprender a éstos y sus orígenes, no se entenderán después los cómo y los por qué de su accionar. Aunque no se coincida con ellos.

A medida que Perón avanzaba en sus propuestas logra sumar adherencias... y también resistencias. Los dirigentes sindicales reclaman a Perón la libertad de los presos gremiales confinados en el sur. La respuesta de Perón no se demora. Esos dirigentes, muchos de los cuales llevaban ya muchos meses recluidos sin acusación alguna, pasan la Navidad en sus hogares, sin temores de ningún tipo. Comienzan a crearse numerosos sindicatos, los cuales, si bien se hacen de manera no planificada ya no serán patrimonio de pequeños grupos. Las obras sociales comienzan a tomar cuerpo. Durante el año 1944 se firmaron más de 120 convenios colectivos de trabajo. En los mismos no sólo se establecen las escalas salariales, también contemplan normas de seguridad, de higiene, aporte para obras sociales, etcétera. El sector empresario resiste y critica duramente estas **"nuevas e insólita formas de reglamentar las relaciones entre empresas y trabajadores"**. La UIA, que poco después tendrá un papel sobresaliente en la campaña electoral contra Perón, se moviliza.

En 1944 se crean los Tribunales del Trabajo, la Caja de Jubilaciones y Pensiones para Empleados de Comercio. Los periodistas a partir de este año tienen su estatuto. Los grandes diarios encuentran ahora otro motivo más para oponerse a Perón. Hacía ya seis años que los periodistas tenían su propia caja de jubilaciones, pero una caja muy particular: todos ponían y excepcionalmente alguno podía jubilarse; claro está, siempre que tuviera el aval de los patrones (A. López, op. cit.). Ese año también los ferroviarios ponen en funcionamiento el Policlínico de Asistencia y Previsión Social.

Domenech, uno de los líderes de mayor predicamento en el sector ferroviario y Secretario General de la CGT N°1, quien en los primeros momentos se opuso tenazmente a Perón, admite públicamente su equivocación y proclama a Perón "el trabajador N° 1". Los pocos sindicatos que aún permanecen en USA (Unión Sindical Argentina) también adhieren a las nuevas normas que dicte la Secretaría de Trabajo. Perón habla ante una concentración de empleados de comercio y aprovecha para exponer su pensamiento e interpretación del cuadro interno e internacional. "Existe una absoluta relación entre la economía interna y la política y la realidad internacional... El problema de la tierra en nuestro país debe ser encarado con seriedad —explica—, pues la ley 12.636 es un escarnio más para el pobre chacarero. El problema argentino está en la tierra, la cual no debe ser un bien de renta, sino un instrumento de producción y de trabajo. La tierra debe ser de quien la trabaja y no de quien vive consumiendo sin producir a expensas del que la labora". Indudablemente, Perón veía con claridad el marco en que se desenvolvería de allí en más las relaciones de fuerza.

El gobierno comenzó a soportar presiones de los sectores empresarios, molesto por la política desarrollada por Perón. A estas presiones se sumaron las de algunos grupos militares, descontentos también por la política que seguía la Secretaría de Trabajo. Ramírez, que nunca había visto con buenos ojos a Perón, creyó que había llegado el momento de terminar con él. Pero Ramírez no midió bien los "tantos". El ejército respondió a su jefe, el ministro de Guerra Farrell, y quien terminó renunciando fue Ramírez.

Farrell asumió la presidencia, pero el conflicto quedó latente. Por un lado, una fracción del ejército que tenía como principal aliado al nuevo movimiento obrero; por el otro, sectores militares que contaban con el apoyo de las centrales empresarias, los grandes diarios, los grupos intelectuales y estudiantiles y los partidos políticos. Poco después el conflicto volvería a estallar con derivaciones mucho más radicalizadas.

En enero de 1944 una escuadra yanqui ancló en Montevideo. Sus propósitos estaban destinados a que Uruguay no reconociera el régimen de Villarroel, surgido en Bolivia, y al cual sólo la Argentina había reconocido.

En la práctica, Argentina soportaba un verdadero bloqueo, impulsado por Estados Unidos, lo cual nos excluía del acuerdo monetario de Bretton Woods.

El gobierno militar, en enero de 1944, rompió relaciones con el régimen alemán. Esta decisión llevó a que "La Prensa", en sus editoriales de los días 27 y 28 enero, celebrara la ruptura "que tiene que contar con nuestro franco apoyo, como cuenta también con aprobación popular... y consolida la unidad americana y el esfuerzo de luchar por la libertad". Parece mentira, "La Prensa" mencionando y reconociendo el "apoyo popular". Además invoca a la unidad americana. Qué tenía que ver la unidad americana con la guerra europea, una guerra a la que los Estados Unidos habían entrado de manera activa bastante tiempo después que comenzara, como consecuencia del ataque japonés a Pearl Harbour. Tanto tiempo defendiendo intereses elitistas llevaban "La Prensa" y "La Nación" que, en realidad, desconocían cómo pensaba el pueblo; además no les importaba, no estaba en sus intereses tomar en cuenta sus opiniones.

Ese pueblo, de quien ahora aparentaban acordarse "La Prensa" y "La Nación", pero que siempre había sido ignorado y despreciado, paseó por las calles su reacción. Lo hizo de manera tajante, para que nadie tuviera dudas. O ¿podía haberlas ante los Soberanía o muerte y Argentina no se vende? Los socios del Jockey Club se indignaron ante la "chusma" que, agolpada frente a sus puertas, coreaba desafiante los lemas. El pueblo, más que por análisis, se movía por emotividades. Si, "La Prensa" o el Jockey estaban a favor de los aliados, el instinto hacía que el pueblo tuviera en cuenta aquello de *"los amigos de mis enemigos son mis enemigos"*.

El Movimiento Obrero Argentino fue nunca, nunca, fascista, nazista o cosa parecida. Se movió de acuerdo con sus intereses, reaccionó contra sus enemigos. La posición adoptada en el campo interno, de dura crítica hacia los Estados Unidos, fue consecuencia del apoyo brindado por Braden a los grupos más reaccionarios del país. Las críticas que partieron del movimiento nacional hacia los aliados en el campo internacional estuvieron motivadas esencialmente por esos factores.

Quien entendió qué pasaba en Argentina fue D. Kelly, embajador británico en nuestro país. En sus Memorias escribe: "nunca creí en la estrecha relación del nazismo europeo con el gobierno militar argentino... Estaba convencido que Farrell y Perón, lejos de ser un grupo de inspiradores que mantenían una dictadura militar, contaban con el apoyo de buena parte del país, y que las críticas y ataques constantes del coloso yanqui contribuían a aumentar su popularidad. La victoria aplastante de Perón en una elección perfectamente libre, demostró más tarde que mi diagnóstico era correcto". Kelly se alejó de Buenos Aires por orden de Churchill, cuando se retiraron otros embajadores.

Estados Unidos demoró en nombrar su representante ante nuestro país, y el influyente "New York Times" escribía en agosto de 1945: "lo que sucede en la Argentina es de vital importancia para nosotros. Allí está atrincherado un gobierno fascista. Mientras los coroneles sigan en el poder, la Argentina seguirá siendo un foco de posible infección para toda América del Sur. Una de las maneras con que podemos provocar su caída es continuar la política que demostró ser tan práctica por obra de Braden, mantener en Buenos Aires un embajador valiente para que sea figura en torno a la cual se agrupen las organizaciones democráticas". El "Manchester Guardian", vocero liberal inglés, pensaba de manera original: *"El tipo de fascismo argentino nos gusta tan poco como a C. Hull, pero también preferimos la carne de res argentina al cerdo de procedencia norteamericana"*.

En tanto, Perón se hizo cargo del ministerio de Guerra el 4 mayo 1944 y, poco después, el 7 junio, ocupó la vicepresidencia de la República. Esta acumulación de cargos — y de poder — en manos de Perón produjo violentas reacciones en los sectores que se oponían a su política, irritados "ante la acumulación discrecional de poderes que asume Perón". Fueron los días en que la juventud universitaria, acaudillada por sus profesores, ganó la calle en duras manifestaciones contra el "gobierno de las alpargatas". Los trabajadores también ganaron la calle. Estaban solos. Ante el lema universitario crearon su propio lema: "alpargatas sí, libros no". Muchos pretendieron ver en esta consigna la ignorancia y brutalidad típicas de los obreros. No se detuvieron a pensar un solo instante en que los trabajadores siempre han tenido como el gran sueño de su vida lograr que sus hijos progresen, como dice el tango: "chapa de doctor en la puerta".

Lo que ocurre es que los trabajadores querían —y quieren— profesionales identificados con el pueblo. Su lema tenía un profundo sentido nacional. Pretendían que de algo tan nacional y popular como es la alpargata se construyera una nueva cultura, una cultura nacional. La revolución industrial se había transformado en la revolución social para los trabajadores. La lucha ya estaba definitivamente planteada. Por un lado, libre empresa (liberalismo), que significaba el sumergimiento de los trabajadores; por el otro, justicia social, que implicaba la participación activa del Estado, aliado a los trabajadores organizados. Quienes reclamaban la justicia social no habían leído a Engels o Marx, muchos ni tenían noción de quiénes eran; para ellos sólo varía modificar el cuadro presente, que se expresaba en formas concretas de opresión, de coloniaje. Los trabajadores siempre se resistieron a aceptar las interpretaciones que utilizaban las clases altas sobre términos tales como eficiencia o antieconómico.

Las interpretaciones económicas que emplearon tanto la oligarquía como las llamadas "izquierda intelectual" muestran hasta qué punto se encontraban aislados los trabajadores argentinos. A las formas más o menos planificadas de la economía que adoptó el régimen peronista, sus opositores coincidieron en calificarlas de totalitarias y corporativistas. Dentro de estas formas planificadas de la economía, las cuales alcanzaron mayor precisión a partir de los planes quinquenales, la industrialización ocupó un lugar relevante. Perón tuvo conciencia de que más allá de las limitaciones propias de nuestra economía, el camino que tenía por delante sólo poseía dos variables: Desarrollo económico nacional o continuar como simple representante de las grandes potencias. Eligió el primer camino. A él se sumó la "nueva clase obrera", buscando en su evolución su propia identidad. El movimiento obrero argentino fue a partir de esta experiencia el enemigo más temible de las corporaciones multinacionales. Los grandes teóricos de la política quedarían totalmente marginados, sin influencia alguna en los trabajadores. A partir de ahí los trabajadores argentinos en primer lugar, y el pueblo en general, han adquirido una riquísima experiencia en materia de imperialismo y antiimperialismo. Una experiencia vivida a través de sus propios intereses. Con el correr de los años, para los trabajadores argentinos seguirían siendo más importantes sus problemas internos que los conflictos de Vietnam, el Medio Oriente o el mundo socialista. Basta recorrer las publicaciones de las organizaciones sindicales argentinas. El tema internacional aparece relegado, aunque algunos podrán decir con razón que demasiado relegado. Ello ocurrió como respuesta a su propia realidad. Esa realidad les demostró que, generalmente, el mejor aliado del imperialismo eran los anti imperialistas rabiosos. El movimiento popular en la Argentina vio a través de los hechos quienes fueron realmente los que se ocuparon y preocuparon en desprestigiar a Yrigoyen.

Los defensores del liberalismo no encuentran argumento más idóneo que acusar al Movimiento Nacional de "derechista", "fascista". El Movimiento Obrero, en primer lugar, nada tiene en común con la interpretación del nacionalismo que hace ese sector. El nacionalismo que proclama y practica el Movimiento Obrero no es elitista ni excluyente. Pensar que el nacionalismo del Movimiento Obrero puede tener un lejano parentesco con la Liga Patriótica o el nacionalismo de la Década Infame, no sólo es falso, sino infantil y torpe. Basta releer simplemente las publicaciones de esos sectores, como "Cabildo", referentes al Movimiento Obrero y al movimiento popular o al peronismo. Si el Movimiento Obrero se identificó con Rosas, fue por la defensa que hizo Rosas de nuestra soberanía. Esta palabra, soberanía, fue decisiva. El nacionalismo que se incorporó al peronismo, aceptó sus banderas. Por su parte, el otro nacionalismo, el que colaboró con el derrocamiento del peronismo en 1955, estuvo conformado por los grupos aristocratizantes, aunque algunos terminarían por arrepentirse de su actitud. Así, "Azul y Blanco", clásico vocero de esos grupos, dice en su edición del 29 octubre 1957: "Que en este mundo moderno las banderas más sanas resultan en la Argentina defendidas por los obreros es un síntoma que permite contemplar el futuro de la República con optimismo". Mario Amadeo, una de las figuras "más descollantes" de ese nacionalismo aristocratizante, no esperó mucho para divulgar sus opiniones, una vez caído al peronismo en 1955. Entre los varios libros que escribió, dejó uno para la historia: "Al día siguiente". Su anti peronismo y anti obrerismo en el 55 fue más que evidente. Decía este patriarca de ese nacionalismo: "en primer lugar conviene advertir que el peronismo fue (podemos ya hablar en pretérito imperfecto) la deformación morbosa de un proceso de transformación que el país reclamaba con urgencia cuando Perón hizo

Los defensores del liberalismo no encuentran argumento más idóneo que acusar al Movimiento Nacional de "derechista", "fascista".

su aparición en la vida pública argentina... La eliminación política del autor de esta estafa (Perón) no debe, por tanto, implicar la negación redonda de los temas que lo llevaron al poder". Un año después, Amadeo se presentaría en el Teatro Cómico para hablar del "fracaso de la Revolución y pedirle al gobierno de Aramburu que se vaya". Pero los vaivenes de Mario Amadeo no terminaron allí. Al comenzar la década del 70, comprendiendo la vigencia y el vigor del peronismo, no dudó en ofrecerse como "el candidato" de esos sectores. El pueblo siempre supo que el peronismo no era "pretérito imperfecto". Era presente. La "varita mágica" de Perón podía convertirlo en personaje con apoyo. Sin embargo, no alcanzó su peregrinar por los sindicatos.

El 8 de mayo de 1945 Europa estalló de júbilo. Alemania se había rendido. Pero no sólo los alemanes perdieron muchas cosas en esta guerra. Hubo vencedores que también fueron derrotados, y que tenían mucho que ver con nosotros. ¿Si no cómo podemos definir lo que les ocurrió a los británicos a pesar de sus festejos? Sus colonias comenzaron a independizarse; Estados Unidos pasó a ocupar sectores que antes habían sido de su exclusivo dominio. Eran los Estados Unidos la "potencia suprema". Su territorio estaba intacto. Sus fábricas empezaron rápidamente a producir para la época de paz que se iniciaba. Tenían la mejor tecnología, los capitales más importantes, el ejército más poderoso. Estaban en la cima. Gran Bretaña apenas podía aspirar a ser su socio menor. Esta situación se comprobó también en nuestro país cuando los Estados Unidos retiraron su embajador. Churchill debió imitarlos, aunque no estuviera convencido de que ello podía favorecerlo.

Braden llegó a nuestro país, como embajador, el día anterior a la rendición alemana. La euforia del triunfo lo llevó a creer que venía en tren de conquistador. En ningún momento se detuvo a ver — ni siquiera lo intentó— qué estaba pasando en la Argentina. Tenía aquí, en el país, buena parte de su Estado Mayor, integrado por sectores más que respetables. La Sociedad Rural, la Unión Industrial, los partidos políticos. ¿Qué podría significar frente a este formidable "arsenal" un puñado de militares y ese incipiente movimiento sindical? En pocos meses terminaría con esa fantasía.

El día que se iniciaba el invierno de 1945, un cable de la United Press pregonaba por el mundo: "los demócratas argentinos saben ahora que tienen un amigo poderoso y distinto en las oficinas de la embajada en Argentina".

Pero la opinión de la United Press no era la única. El comunismo organizó uno de sus actos en el Luna Park, el 1° de septiembre. Se acercaba la primavera. Rodolfo Ghioldi fue el orador central. Sus palabras no ofrecieron dudas: "La línea de la buena vecindad retomada ahora por el secretario Byrnes y ratificada con tanto calor por Mr. Braden... Y agregó una dura crítica por la "falta de energía de los delegados demócratas en la conferencia de Chapultepec contra el régimen argentino". Pero Ghioldi no era el único jerarca comunista que se mostraba agresivo con el gobierno. Vittorio Codovilla, en Chile, sostuvo: "Estados Unidos y Gran Bretaña han de llegar a un acuerdo respecto a la política económica a seguir en América Latina, a fin de contribuir al desarrollo económico, político y social de nuestros países". Claro eran los tiempos del idilio, del reparto de Yalta. A Ghioldi, a Codovilla, les importaba muy poco qué podían opinar los trabajadores. Moscú decía que era así... y así era. Los trabajadores seguían en las calles mostrando su repudio por el intervencionismo. Estaban solos. Allí comenzó a gestarse uno de los lemas más impactantes que después usarían para definirse: "Ni yanquis ni marxistas, peronistas". El peronismo terminó siendo la resultante nacional y popular de nuestro proceso histórico, con la decisiva participación de los trabajadores, como no ha conocido todavía América Latina.